

un mes perdido en años ya muy viejos, pertenecientes á siglos ya muy apartados, Set, dios de las tinieblas, había vencido á Osiris, el dios de la luz, rematándole á traición arterísima en sacro banquete. Pues bien, todos los años, en aquel mes y en aquel día, imaginaban los egipcios, repetida en los abismos cerúleos de las alturas y transcendente á la vida ordinaria del mundo, la misma horrible tragedia. Y como el mal prevalecía sobre el bien en tal fecha, todo cuanto pasara en el transcurso de los tiempos á la misma hora, debía llevar consigo daños análogos á los de aquel horroroso entonces.

Por tal modo creían los hombres en las horas fastas y en las nefastas, que bajo los auspicios de las primeras no les aterraba un león, y bajo los auspicios de las segundas les aterraba un escarabajo. Las madres procuraban por todos los medios parir sus hijos en los días fastos, pues según la hora del nacimiento, se acababa la vida en el deshonor y en el crimen, ó resplandecía con el brillo de la más pura y más benéfica luz. Y los genios que presidían al destino egipcio no eran genios masculinos, eran siete diosas, jóvenes, floridas, bellas, sonrientes, de rosado color, de profundos ojos, los piés menudos, las orejas de vaca y las manos apercebidas para tejer y urdir la complicada tela de nuestra respectiva y particular existencia, siempre volando invisibles alrededor de las parturientas, presidiendo siempre á los natalicios y dispensadoras de aquellos bienes que prosperan la vida, ó de aquellos males que la corrompen y la pierden. Hombres tan supersticiosos de suyo como los que revocaban un

viaje si veían un cocodrilo, hallábanse de seguro dispuestos á prestar una especie de atención religiosa en todos sus actos á estas mujeres, que urdían desde las alturas de lo invisible y en misteriosas confabulaciones los hilos varios de la humana suerte. No puede, no, desconocerse la influencia del bello sexo allí donde tantas prerrogativas el común creer les concede y tantos privilegios obtienen por motivo y razón de su sexo. Quien cree que allá, en el otro mundo, la mujer urde ó corta la tela de nuestra vida, debe creer también que aquí, en éste, preside, si buena, con propicio estro á la felicidad, y si mala, con estro nefastísimo á la desgracia.

En los libros gnómicos, donde se hallan contenidas las grandes sentencias morales, encarácese á una, sobre todos los sentimientos, el amor y el respeto á la madre. Dijimos que la fatalidad es un dogma capital en Egipto, y ahora debemos decir que la inmortalidad es también allí otro dogma capital. El egipcio vuelve los ojos de continuo á la vida transmundana, y de continuo recuerda con advertencias y ejemplos múltiples á los mortales la muerte. Así la inestabilidad de todas las cosas terrestres pasa como un resplandor del otro mundo por todas las máximas egipcias. El primer consejo de su sabiduría consiste, á no dudarlo, en prepararse cada cual sobre la tierra sepultura conveniente y digna. Desde el nacer hasta el morir corremos todos despeñados al fúnebre valle donde duermen eternamente las generaciones extintas, y por cada minuto que hayamos habitado el frágil hogar de nuestra baja tierra, indudablemente habitaremos

por siglos de siglos la silenciosa y triste sepultura. En todo cuanto debamos decidir, hemos de acordar con solícitud la muerte. Lo mismo alcanzan sus brazos al niño que al anciano, y quien más descuidado vive más próximo se halla de seguro á sus asechanzas y más pronto cae rendido á sus golpes. Quien piensa mucho en la hora última de su existencia, preparado y apercebido está para esa inmortalidad en cuyo seno comienza la verdadera vida. El vivir en este mundo se parece al relámpago, mientras el vivir allende la sepultura se parece á perpetuo y esplendentísimo luminar en las alturas del cielo. El tiempo nos arrastra igualmente á todos en sus remolinos y á todos nos conduce con ímpetu igual y constante hacia la eternidad.

Después de haber así recomendado una vida buena para llegar pronto y sano á los espacios de una muerte dichosa, el profundo libro de los proverbios egipcios recomienda como primera y principal virtud el culto y el respeto á las madres. Mucho vale querer á una diosa y venerarla, mas no vale menos querer y venerar á una madre. Si el cielo ha dado á los hijos las madres, ¡ah! éstas se han adherido con tal devoción á su cargo, que jamás han descargado sobre los cielos ni penas ni responsabilidades. El hijo ha pesado como un yugo sobre su pobre madre, que ha debido mantenerlo dentro de sus entrañas nueve meses con todo el jugo de su vida. Después sus pechos, durante dos y más años, han llevado á la boca de su pequeñuelo aquel jugo nutritivo, más preciado que la luz en el astro, que la savia en el árbol. Inútilmente los

pequeñuelos devuelven, ingratos, molestias por beneficios; la madre no se cansa jamás de protegerlo y de cuidarlo. Mientras la pubertad dura, la madre vela. Ella escoge á su grado el maestro mejor y le da para sustento suyo la flor de su despensa con tal que instruya y adiestre al hijo en los verdaderos saberes. Ella casa después á éste, buscándole un hogar donde puedan prolongarse, de consuno, la felicidad y el amor. Así, maldecido de los dioses, aparecerá de seguro en el postrero y definitivo juicio quien olvide cuanto ha costado á su madre, tanto el parirlo como el criarlo y ponerlo en aptitud completa de atravesar tranquilo y feliz por los tortuosos senderos de nuestro bajo mundo. El culto á las madres entra á igual con el culto á los dioses en esta profunda sabiduría egipcia.

Después la gnomia ó ciencia moral egipcia da todos los consejos conducentes á la sobriedad, lo mismo en la mesa que en el tálamo. Repugnante la embriaguez á estos pueblos meridionales, de suyo sobrios, para más perseguirla y hacerla universalmente odiosa, los magistrados mandaban pintar sus excesos en la mujer y en el hombre con pinturas bien llamativas y bien ejemplares. En un sepulcro de Beni-Assam vemos frescos que representan varios borrachos perdidos, á quienes sus compañeros de orgía sacan á manera de rígidos cadáveres en sus brazos vacilantes. Un sepulcro antiguo de Tebas nos presenta ilustre dama vestida con todo el uniforme de las patricias, peinada para el festín, con mil joyas y adornos, vomitando en la copa presentada por las manos de sus siervas las sobras y excesos

del vino. Así aconseja no incendiar la vida con esos vapores, ni dejarse caer al peso de la embriaguez, pues mientras todos acorren los incendios de tu hogar, todos huyen los incendios de tu cuerpo; y mientras todos tienden la mano al paralítico, todos la separan y apartan del borracho. Y estos mismos consejos de sobriedad en la comida se dilatan y extienden á la sobriedad en el amor. La gnomia egipcia condena con elocuencia grande á las mujeres ligeras. Cree que sólo un trato largo engendra el amor verdadero, y que nadie puede amar á la mujer desconocida. El amor improvisado se parece á esas lagunas profundas y bituminosas que se tragan á sus víctimas y nunca las devuelven. Contra tales tentaciones del sentido, aconseja el egipcio un matrimonio legítimo, brotado de un amor profundo. El joven, según tal libro, debe casarse pronto y casarse con una joven para que sus hijos sigan su ejemplo y no se perviertan en fáciles amores. Tanto como maldice de la mujer ligera, exalta con entusiasmo exaltación á la mujer legítima, y pide que se use con ella paciencia y dulcedumbre, porque ahí está el secreto de toda ventura doméstica.

Las letras egipcias nos revelan también particularidades respecto de la mujer y de la familia que nos conviene recoger y apuntar en este trabajo, al cual podríamos denominarle pálido esbozo de la historia universal del bello sexo. Los descubrimientos contemporáneos y las descifraciones jeroglíficas han patentizado un género de literatura en Egipto no conocido ni sospechado siquiera por ningún erudito hace treinta años. Los egipcios tienen, ade-

más de sus libros morales y religiosos, novelas, y novelas amenísimas, que describen el interior de los hogares y el estado de las familias. La célebre narración bíblica del casto José y su bella perseguidora proviene de viejo romance, trazado quizás catorce siglos antes de nuestra era. Dos hermanos, casado el uno y el otro célibe, habitan bajo el mismo techo. La mujer única enamórase del cuñado, y le dirige, para lograr su amor, toda suerte de asechanzas. Íntegro y severísimo éste, resístese á las incestuosas pretensiones de su sensual hermana con resistencia verdaderamente invencible. Mas ella, vindicativa y mentirosa, delata con embuste manifiesto á su marido la resistencia del hermano como pretensión, y arroja entre ambos la guerra. El casto y perseguido huye al desierto, donde se mutila y pierde su naturaleza de varón para no exponerse á iguales asechanzas en su venidera existencia.

En ninguna de las manifestaciones que puede tener la múltiple actividad propia de un pueblo se conoce como en la manifestación religiosa el influjo de la mujer sobre los egipcios y el Egipto. Las escuelas cristianas ortodoxas, lo mismo las protestantes que católicas, hanse á una empeñado en derivar todas las religiones de viejo y tradicional monoteísmo común á todas ellas. Pero la ciencia no ha confirmado en parte alguna tamaña pretensión, fundada en viejas y seculares creencias. La evolución religiosa, como todas las evoluciones históricas, parte de lo imperfecto y va por grados y por series á lo perfecto. Comienza el movimiento reli-

gioso de todos los pueblos por una especie de fetichismo semejante al de los salvajes confundidos con la naturaleza. Y en el fetichismo comenzó, por tanto, la religión egipcia. Pero bien pronto los magos, por su parte, los adivinos, los astrólogos, cuantos profesaban las grandes religiones del sol y de la luz en el Asia, influyeron soberanamente sobre la tierra egipcia, determinándola con determinación invencible á ese culto del cerúleo éter, conocido bajo la denominación de dogma sabeista. El astro que dora los planetas, azula el cielo, pinta de matices en las flores sus corolas y en los pájaros sus plumajes, mueve la garganta del ruiséñor y los susurros del arroyo, endulza las frutas é inflama los espacios, debía obtener adoraciones múltiples en aquellas tierras donde su resplandor se acrecienta con los rebotes de sus rayos en las aguas multicolores del Nilo y en las áureas arenas del desierto. El sol, á cuya secular adoración precediera la no menos antigua y no menos importante del Nous, ó sér único, el sol quedó como verdadero padre de los dioses y de los hombres en la teogonía egipcia. Pero ni el Nous vivificador, ni el sol único podían bastar á pueblos esencialmente politeistas, que identificaban la generación divina con la generación humana, creando familias ó dinastías, así de genios misteriosos como de divinidades patentes y manifiestas. Mas hay ciertas inclinaciones congénitas con el humano espíritu, como patentiza el verlas á un mismo tiempo surgir en pueblos diversos y en espacios lejanos por la identidad fundamental de nuestro sér en el tiempo. Así la Trinidad india

reaparece de nuevo en el Egipto y sirve como de base á una familia de dioses, la cual significa y representa en su fondo el ideal divino de la familia entre los hombres.

Y como la divinidad egipcia, de igual suerte que la divinidad india, corresponde allá en los cielos á la familia, en el mundo había de penetrar, dentro de su seno, con virtualidad grandísima, el principio y el elemento femenino. Revistiendo los dioses la forma humana estaban incompletos, si esta forma humana carecía de aquella hermosa duplicidad que constituye los sexos en nuestra especie. Y como no sólo revestían los dioses la forma humana, sino que libraban su perpetuidad á una generación tal como la generación de nuestra especie, habían menester de la hembra en el cielo como en el hogar. Diodoro de Sicilia sostiene que la generación, en el concepto fundamental de los egipcios, pertenece tan sólo al padre, porque las entrañas maternas quedan reducidas á servir como depósito de lo generado, para nutrirlo y darlo después á luz, como el surco de los campos á la espiga diseminada por el pródigo labrador. La diosa egipcia representa la materia inerte ó inmóvil, encargada tan sólo de recoger y guardar el germen de la vida. Así, la mujer divina en el Egipto no fué consustancial con el Dios creador, sino del Dios creador emanada y proveniente. La diosa, en cuyos brazos el sol se acuesta y desaparece todos los días, esa especie de inferior hemisferio, oculto en los senos del ocaso, formó y compuso el lado femenino de la divinidad, y el dios del día visible y la invisible diosa de las noches eter-

nas tuvieron un hijo, quien tomaba el nombre de Horo, y surgía, en forma de infante ó niño, del seno de los mares, en una flor de loto recostado. Naturalmente, como el Nilo, además de fecundar, caracteriza el Egipto, la barca, la eterna barca flotante sobre las aguas del río caracteriza, por su parte, aquella región donde las aguas, con sus inundaciones pródidas, fecundan y vivifican las estériles y silenciosas arenas. El día, la noche y Horo, su hijo, forman y componen la divina familia, de la cual es la humana como copia y trasunto.

La divinidad egipcia debió descender á la tierra; la encarnación de los dioses en hombres visibles y palpables pasó á dogma universal. Creyóse necesario un mediador entre las alturas del cielo y las miserias del mundo. Para crearlo, se apeló á poblar las alturas celestiales de semidioses y las alturas terrestres de soberbios reyes. Aquéllos, los semidioses, casi bajaban hasta tocar en la tierra, y éstos, los reyes, casi ascendían hasta tocar en el cielo. Entre los dioses humanizados ó los reyes divinizados, como quiera llamárseles, ninguno tan célebre, ninguno, en la historia, como el incomparable Osiris. A su descenso en la tierra se debe que la especie humana saliera del embrutecimiento donde se hallaba sumergida y rompiese la cadena que la unía con el mundo animal. Osiris, solamente Osiris, pudo lograr con su poder semidivino que se convirtiera en hombre culto y civilizado el hombre primitivo y salvaje. Soldado del bien, su vida pasa en combates porfiados y eternos con el mal. Este horroroso elemento de la creación, levadura infer-

nal de la vida, tiniebla perdurable que saca y recoge las lágrimas de los humanos ojos, se llamaba entre los egipcios con el nombre de Set. Realmente Osiris personifica una de las manifestaciones del sol, mientras personifica Set lo contrario completamente, las sombras y la noche. De aquí la muerte allá en el ocaso del principio luminoso y creador, así como su resurrección diaria y continua en el Oriente. Osiris habíase casado con Isis, la diosa fecunda en cuyos pechos los mortales se nutren y que lleva una corona de misterios así como se ciñe un manto sembrado de bellos y esplendorosos astros. Como se ve por todas estas representaciones, tanto de los dioses como de los semidioses, el tipo de la familia surge á todas horas y eleva como una especie de luminoso ideal sobre aquella sociedad necesitada por completo de divinizar las instituciones más primitivas y más rudimentarias.

Veamos, pues, la historia de Osiris, y veremos una parte considerable de la teogonía egipcia. Osiris y Set, el mal y el bien, provinieron de un matrimonio entre nuestro planeta y la estrellada bóveda. El uno, el primogénito, es decir, Osiris, tomó por mujer á Isis, y el otro, el segundogénito, á su vez, tomó por mujer á Nephtys. Osiris dominó en Egipto, salvaje antes de su reinado, y después de su reinado verdaderamente culto. Set, celoso del poder que tenía Osiris y del favor que gozaba entre los mortales, acechóle con viles acechanzas y le dió muerte á traición. Estaban los dos en espléndido banquete cuando el que se decía hermano, y en realidad era enemigo, como representante y perso-

nificación del mal, rematólo á golpes, trucidólo en pedazos, y recogiendo después todos sus miembros disyectos y desgregados, metiólos en arca estrecha y arrojólos al mar profundo. Aquí, en este momento, comienza la grande apoteosis del principio femenino por la religión egipcia. La mujer ejerce todo su benéfico ministerio en la vida y en la muerte del hombre. Sus lágrimas resultan riego fecundante, sus tiernos suspiros creadores soplos, sus ojos luminosos inextinguibles, sus brazos trono y sustentáculo del bien. Ella, y sólo ella, puede vencer á la muerte, así como ella, y sólo ella, puede obrar el milagro de la resurrección universal. Todo cuanto el mal ha separado ella lo junta, y todo cuanto el mal ha deshecho ella lo rehace. Sus besos de fuego llegan hasta el oscuro sepulcro, y en aquellas tinieblas difunden los resplandores del día, y en aquella podre los gérmenes del sér.

Desaparecido el pródigo y buen Osiris en los abismos del mar, su esposa Isis lo busca sin descanso. Aquellos sus tiernos suspiros dominan los vientos y los oleajes; aquellos sus sollozos penetran hasta el oscuro seno de los insondables abismos. Lo cierto es que recompuso los miembros disyectos y por tal modo acertó á reanimarlos con su amor, que aquel cadáver, en la exuberancia de su renacimiento, le devolvió su pasión con creces y la hizo madre de un dios. Horo se llamó el hijo de tales amores, y apenas llegado á la pubertad por el pródigo celo de su madre idolatrada, conságrase á vengar la muerte de Osiris y á redimir de Set al Egipto. En efecto, al brazo del héroe, á sus flechas agu-

das, el trono de las tinieblas se desploma y el dios del mal se desvanece. El mito de Osiris, muerto y devuelto en resurrección milagrosa por su mujer á la vida, representa el culto guardado al sexo débil en las grandes teogonías de esta misteriosísima tierra. Osiris, Isis, Horo, hijo de ambos, representa esa trilogía de la familia, cuya divinización es indispensable al progreso de las humanas sociedades. Y por tal modo se comprende así el carácter de tamaño mito que, á la hora del decaimiento egipcio, cuando los Ptolomeos á un tiempo ilustran con su ciencia y deshonoran con su tiranía el Egipto, Cleopatra, la serpiente brotada del Nilo para tentar á Roma y perderla difundiendo por sus venas el ponzoñoso narcótico de la magia oriental, crea también una semejante trilogía, y en sus relaciones, doblemente adúlteras, con Julio César, no el más escandaloso ni el más terrible de sus amantes, forja una triada también, una triada puesta sobre los calcos de la teogonía egipcia, y distribuye á su romano, el dictador, la corona de Osiris, guárdase para sí la corona de Isis, mientras cede á su hijo Cesarión el arco y la flecha de Horo, demostrando con estas tergiversaciones de lo divino cómo la vieja teogonía egipcia significaba en suma una grande apoteosis de la mujer y de la familia.

El sentimiento religioso predominaba sobre todos los sentimientos en el corazón de los egipcios. Ningún pueblo ha llevado tan allá las pompas de sus ceremonias hieráticas. Si vemos hoy las ruinas ciclópeas de sus templos, las columnas parecidas á petrificados, y antidiluvianos árboles, aquellas altas

pirámides semejantes á montañas y hechas para sepulcros, los colosos vibrantes á los rayos del sol, los monolitos alzados como agujas de gigantes orarios, las esfinges talladas en aquel granito que parece bruñido bronce, la vía láctea de pensamientos religiosos contenidos en sus leyendas jeroglíficas, habremos de persuadirnos á creer que pocas veces el género humano expresó con esfuerzos tan grandes y en moles tan enormes su incontrastable aspiración á lo ideal y á lo infinito. Las procesiones entalladas en los bajorelieves, indican bien claramente el maravillosísimo lujo de aquella liturgia. Aquí el dios, bajo palio y dosel, siguiéndole, como para custodiarle con sus servicios, el rey sito en su trono y llevado en hieráticas andas un poco más lejos; naves áureas apercebidas á recoger, si es necesario, los dioses y los reyes; en largas filas, aquellos cortesanos bendecidos por los acordes suaves de concentrados instrumentos; en grupos múltiples, los sacerdotes envueltos en sus vestiduras de blanco lino con odas religiosas en los labios é incensarios de oro humeantes de mirra en las manos; por todas partes los soldados con sus cascos relucientes y las bailarinas en sus danzas voluptuosas; el carro de los amuletos y de las reliquias; el toro blanco adorado de hinojos por las muchedumbres reverentes; doquier incienso, plegarias, armonías. Una religión así tuvo resuelto influjo entre aquellas gentes, y este influjo, divinizando la familia, divinizó también, aunque indirectamente, á la mujer.

En todo se conoce por manera indudable tal influencia. Si quisiéramos calificar en pocas palabras

el Egipto, llamaríamosle con razón la tierra de los muertos. En ninguna parte ha convertido el hombre, como allí, la sepultura en altar. Jamás el alma se vió con los ojos interiores tanto á sí misma, ni se creyó tan capaz de vencer al tiempo y entrar en la inmortalidad. El fenecer diario de nuestro sol por el ocaso y su diario renacimiento tras las risueñas alboradas engendraron en aquel mundo, no la esperanza, la seguridad completa de una vida mejor. Como el sol descende al ocaso, tan sólo para renacer allá en el Oriente, el hombre descende al sepulcro para renacer allá en la eternidad. Por todas partes, en los sepulcros, en los sarcófagos, sobre las tapas de los ataúdes, sobre las frentes de las momias, véanse resplandeciendo los sacros símbolos expresivos de la inmortalidad, por la cual suspiramos entre los horrores de la muerte. Un gran respeto circundaba el cadáver momificado por todos los medios científicos y por todas las sustancias químicas de que podía disponer aquella civilización. Y como la ciencia no bastase nunca en el Oriente á encerrar la vida entera, completábanla con sortilegios múltiples y fórmulas cabalísticas que creían ellos transcendentales á la eternidad. A estos principios iban juntos sus complementarios de castigo y de remuneración. Por consecuencia, existe allí el infierno que purga el mal, como el cielo que recompensa el bien. Cierto que no hay en todo esto la espiritualidad consustancial á nuestro cristianismo. Cuídanse mucho del cuerpo, lo envuelven allí en linos sacros, lo embalsaman con sustancias hieráticas, les dicen al oído cábalas múltiples, porque